

SANTA TERESA EN ‘CAMINO’ DE SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ

David Torrijos-Castrillejo
Universidad Eclesiástica San Dámaso (Madrid)

En esta intervención quisiera centrarme en un ejemplo de integración creativa del pensamiento de santa Teresa, llevado a cabo por uno de los autores espirituales españoles de mayor relevancia en el siglo XX, san Josemaría Escrivá de Balaguer. Su vinculación con la Santa de Ávila es sobradamente conocida. Ya desde su adolescencia frecuentaba su obra e incluso el descubrimiento de su vocación sacerdotal estuvo ligado al Carmelo¹, pero sobre todo fue durante los años de Seminario cuando santa Teresa debió de adquirir una influencia definitiva en su formación². Sin duda, la Santa traspasó el alma del joven seminarista determinando su vida interior³ y aun su estilo literario para siempre. Esto ha sido reconocido –entre otros– por Langlois, quien considera los

¹ Fueron las huellas en la nieve de las plantas desnudas de un Padre descalzo las que despertaron su vocación sacerdotal. Al punto, comenzó a dirigirse espiritualmente con un carmelita y, si bien ingresó en un seminario secular, « [...] conservó siempre [...] un afecto muy grande hacia los carmelitas. Veneraba especialmente a santa Teresa de Jesús, san Juan de la Cruz y santa Teresita del Niño Jesús: fue asiduo lector de sus obras y en la predicación evocaba a menudo a estos grandes maestros de la espiritualidad y citaba sus escritos, aunque, cuando era necesario, hacía notar los puntos de divergencia con su propio modo de pensar y vivir las relaciones con Dios» (Á. del Portillo, *Entrevista sobre el fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 2014, p. 136). Según J. Toldrà Parés, *Josemaría Escrivá en Logroño (1915-1925)*, Madrid, Rialp, 2007, p. 129, pudo ser dicho padre carmelita quien le animase a adentrarse en la lectura de santa Teresa. Sobre el afecto hacia el carisma carmelitano, contamos con los testimonios de varios monasterios: cf. A. Sastre, *Tiempo de Caminar. Semblanza de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 1991, p. 568.

² Cf. A. Vázquez de Prada, *El fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 2002, vol. 1, p. 166; cf. p. 247; J. M. Ibáñez Langlois, *Josemaría Escrivá como escritor*, Madrid, Rialp, 2002, pp. 14-15. Nótese también la observación de J. Jiménez Vargas: «El Padre, como es bien sabido, conocía las obras de Santa Teresa como muy pocas personas» (cit. por P. Rodríguez, en J. Escrivá de Balaguer, *Camino. Edición crítico-histórica*, ed. de Pedro Rodríguez, Madrid, Rialp, 2004, p. 870).

³ Tras algunos años de ministerio sacerdotal, en la fiesta litúrgica de la Santa de 1932, san Josemaría la tomó como su «particular patrona y protectora» (apuntes íntimos cit. por P. Rodríguez, *Camino*, p. 571) y, en efecto, el año siguiente, el día de su trigésimo primer cumpleaños (cf. *ibíd.*, p. 241), la invoca en sus *Apuntes íntimos* como «Madre» —tal como es costumbre en el Carmelo— junto a la Virgen, san José, su Ángel de la Guarda y las Ánimas. Nótese que la devoción por san José es típicamente teresiana. En *Camino*, 559-560, el santo patriarca es llamado por san Josemaría su «Padre y Señor», siguiendo en esto el ejemplo de la Santa (*Vida*, 6, 6; 33, 12; *Fundaciones*, Prólogo, 5. Cf. *Vida*, 30, 7; 36, 5; 36, 11). En *Camino*, 561 es citada verbalmente la recomendación teresiana a encomendarse a san José (*Vida*, 6, 8). También la devoción por las almas del purgatorio está ligada al carisma carmelitano y por ello recomienda el escapulario del Carmen (*Camino*, 500); es más, por ganar indulgencias en provecho de las ánimas, Escrivá se hizo ¡terciario carmelitano!: cf. Vázquez de Prada, *El fundador del Opus Dei*, vol. 1, p. 464, nota 124. Para acabar el capítulo de ‘devociones’, recuérdese que en *Camino*, 572 se inspira en santa Teresa (citando libremente *Vida*, 31, 4) para recomendar el uso del agua bendita.

escritos de santa Teresa como aquellos con los que la obra de Escrivá guarda un parecido mayor⁴.

En particular, *Camino* denota una inspiración teresiana incluso en el título, que a cualquiera evoca el del conocido volumen de santa Teresa, *Camino de perfección*⁵. En esta obra juvenil de Escrivá, no se hace esperar la presencia de la Santa que tan profundamente había marcado su mocedad. Para empezar, la encontramos citada hasta ocho veces en *Camino*⁶, sobre un total de catorce menciones expresas de Teresa en toda la obra publicada de Escrivá. Naturalmente, estas referencias claras tan sólo hacen aflorar a la superficie una presencia mucho más significativa, la cual ha sido puesta de manifiesto con gran maestría por Pedro Rodríguez al realizar la edición crítica de *Camino*. Pese a ello, según el parecer de Méndiz, «el estudio de la influencia de la santa de Ávila en *Camino* está todavía por hacer»⁷. Ojalá nuestra humilde aportación contribuya para que otros más avezados y eruditos sepan completar semejante tarea, verdaderamente digna de toda una monografía.

SANTA TERESA, MODELO DE SANTIDAD

En el punto undécimo de *Camino* aparece el nombre de Teresa por primera vez, como ejemplo entre otras «figuras eminentes de la santidad y, aquí en concreto, de esa entrega sin reservas que se propone a los lectores»⁸. En efecto, el segundo sucesor de san Josemaría al frente del Opus Dei, Javier Echevarría, con quien convivió estrechamente los últimos años de su vida, declara que «siempre manifestó gran devoción [hacia la Santa], tanto por su empresa apostólica en servicio de la Iglesia, como por su itinerario

⁴ «Dentro del siglo de oro es con santa Teresa con quien se evidencia un parentesco más sensible. Porque, así como ella escribe una prosa coloquial y fulgurante muy lejos de toda pretensión de ‘escritora’, y sin saber siquiera que lo fuese [...], así Josemaría Escrivá llenó miles de páginas de gran belleza en condiciones de parecida penuria material, en medio de sus innumerables trabajos apostólicos, y movido por el más puro amor a Dios, a la Iglesia y a las almas [...]. Igual que la santa de Ávila, *poseyó el genio del idioma en forma inocente*. Hizo gran literatura considerando él mismo que sólo escribía rápidos apuntes de conciencia, cartas de familia, anotaciones personales nacidas de su oración y transcritas en diminutos papelillos» (I. Langlois, *Josemaría Escrivá como escritor*, pp. 15-16). Su biógrafo más riguroso, hablando sobre el estilo literario de sus apuntes íntimos —sobre los cuales están construidas sus obras, particularmente las de estilo aforístico, como *Camino*—, dice que «mucho tiene de Teresa de Jesús, por lo familiar, por la espontánea sencillez, por la soltura de expresión» (Vázquez de Prada, *El fundador del Opus Dei*, vol. 1, p. 351).

⁵ Sobre las motivaciones de san Josemaría para el título definitivo de *Camino*: cf. P. Rodríguez, *Camino*, pp. 100-101. En la nota 15 se cita al P. Tomás Álvarez que vincula el título con la citada obra de santa Teresa. Véase también F. Gondrand, «La intención y el género literario de *Camino* del Beato Josemaría Escrivá», *ScriptaTheologica*, XXVI (1994), pp. 247-248.

⁶ Cf. *Camino*, 11, 85, 402, 561, 572, 703, 761, 874.

⁷ A. Méndiz, «Panorámica sobre *Camino* como obra literaria», *Studia et Documenta*, v (2011), p. 386.

⁸ P. Rodríguez, *Camino*, p. 228.

de entrega y trato con Dios»⁹. Por este motivo, se repetirá el nombre de santa Teresa junto a otros santos «locos por Jesús» (*Camino*, 402), exhortando al lector a volverse él también chiflado por amor de Cristo; igualmente, hacia el final de la obra, la santa de Ávila asomará de nuevo por su amor ejemplar (*Camino*, 874). En estos dos puntos se recomienda aspirar a superar a santa Teresa –y a los demás santos mencionados– en su locura y en su amor respectivamente. En cuanto al primero de ambos, P. Rodríguez¹⁰ recuerda con mucha razón la importancia autobiográfica que posee el concepto de «locura» para san Josemaría. En efecto, sacaba partido de los insultos que le dirigían sus detractores y se hacía llamar «loco»... por Cristo¹¹. Durante la guerra civil española, hubo de refugiarse en un sanatorio mental y aprovechó también esta circunstancia para llamarse a sí mismo «chiflado» así como, al grupo de personas decididas a seguir de veras a Jesús, «manicomio» (*Camino*, 910)¹². Se refería a la «locura del amor de Dios» (*Es Cristo que pasa*, 143) o bien hablaba sencillamente de una «chifladura», para expresar a la vez un grado excelso del amor y una generosidad heroica que desembocan en el celo apostólico¹³. Sin embargo, a estas vivencias personales de Escrivá convendría añadir que precisamente a Teresa le cuadra muy bien el título de ‘loca por Cristo’ puesto que ella misma usa de esta calificación para designar el tercer grado de oración y la caridad heroica:

[...] es un glorioso desatino, una celestial locura, adonde se desprende la verdadera sabiduría¹⁴, y es deleitosísima manera de gozar el alma [...]. Dice [el alma] mil desatinos santos, atinando siempre a contentar a quien la tiene así [...]. Quered ahora, Rey mío, suplicóoslo yo, que, pues cuando esto escribo no estoy fuera de esta santa locura celestial por vuestra bondad y misericordia [...] que o estén todos los que yo tratare locos de vuestro amor, o permitáis que no trate yo con nadie, u ordenad, Señor, cómo no tenga ya cuenta en cosa del mundo o me sacad de él [...]. Suplico a vuestra merced seamos todos locos por amor de quien por nosotros se lo llamaron¹⁵.

⁹ J. Echevarría, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá. Entrevista con Salvador Bernal*, Madrid, Rialp, 2000, p. 94.

¹⁰ Cf. *Camino*, p. 986.

¹¹ Cf. Vázquez de Prada, *El fundador del Opus Dei*, vol. 1, pp. 401, 549, 554 notas 167 y 170.

¹² San Josemaría, carta a Isidoro Zorzano, cit. por Vázquez de Prada, *El fundador del Opus Dei*, vol. 1, p. 554; cf. pp. 401, 624; vol. 2, p. 61, nota 127.

¹³ Cf. *Camino*, 834, 916, 934; *Surco*, 2, 273, 799; *Forja*, 503, 790, 870; *Es Cristo que pasa*, 144, etc.

¹⁴ Evoca sin duda la paradoja paulina de 1 Co 1,20.25, donde contraponen ‘locura’ y ‘sabiduría’ divinas.

¹⁵ *Vida*, 16, 1.4.6. Cito las obras de la Santa según la siguiente edición, aunque actualizando la ortografía: Sta. T. de Jesús, *Obras completas*, ed. de Efrén de la Madre de Dios y Otger Steggink, Madrid, BAC, 2006. Hacia el final de la cita, Teresa evoca, además de 1 Co 1,24, el pasaje evangélico en que Jesús es llamado «loco» (Jn 10,20).

¡Qué sabio el que se holgó de que le tuviesen por loco, pues lo llamaron a la misma Sabiduría! [...] Ya, ya parece se acabaron los que las gentes tenían por locos, de verlos hacer obras heroicas de verdaderos amadores de Cristo¹⁶.

Como se puede apreciar, bien podría haberse inspirado san Josemaría en santa Teresa para desarrollar su idea de la «locura divina» como una expresión extrema del amor de Dios que además imbuje el deseo de llevar almas a Cristo. Un amor tal es patrimonio ante todo de Cristo, a quien san Josemaría –tras la estela de Teresa– llama sin empacho «Loco» por antonomasia¹⁷.

Para seguir hablando del grado eximio en que Teresa gozaba de la virtud teologal de mayor precio, leamos ahora una traducción algo libre de san Josemaría sobre un versículo del *Cantar* (5, 8; cf. 2, 5): «[...] que le digáis que muero de amor» (*Camino*, 568). Se trata de una expresión del afecto del autor hacia Cristo que evoca la lírica teresiana y la de san Juan de la Cruz. Éste también traducía libremente el mismo verso del *Cantar* cuando escribía: «Decidle que adolezco, peno y muero»¹⁸. Igualmente Teresa, por su parte, afirma: «[...] muero de amor» (*Poesías*, 2). Estas ideas encuentran cierto apoyo en la Escritura: además del citado verso del *Cantar*, conviene recordar otro pasaje de dicho libro, en que se vincula el amor con la muerte de modo más explícito: «[...] *fortisest ut mors dilectio*» (Ct.8, 6). Sin embargo, con el paso del tiempo, san Josemaría se desapega cada vez más de esta “mística de la muerte” para afirmar positivamente la vida, pues «no daba buena noticia del mensaje y el estilo de vida cristiana que el Señor le pedía que difundiera por el mundo»¹⁹. Así, afirmaba más tarde:

En tiempos de Santa Teresa, los enamorados –tanto los místicos como los que cantaban el amor humano²⁰– solían exclamar, para demostrar la intensidad de su amor: que

¹⁶ *Vida*, 27, 14. En estas líneas se apela de nuevo, combinándolos, a los pasos paulino y joánico citados en las anteriores notas. Se hace también alusión indirecta a san Pedro de Alcántara a quien mencionará enseguida (*Vida*, 27, 16), como lo prueban estas líneas: «Yo conocí uno llamado fray Pedro de Alcántara [...] que [...] le tenían por loco los que alguna vez le oyeron. ¡Oh, qué buena locura, hermanas, si nos la diese Dios a todas!» (*Sextas Moradas*, 6, 11).

¹⁷ Cf. *Camino*, 834; *Forja*, 824, 825; *Via crucis*, VI, 6; *Es Cristo que pasa*, 90, etc.

¹⁸ *Cántico espiritual*, 2, 4. Cito este autor siguiendo el siguiente volumen: S. J. de la Cruz, *Obras completas*, ed. de Lucinio Ruano de la Iglesia, Madrid, BAC, 2005. En el comentario del propio san Juan de la Cruz al *Cántico espiritual*, 7, 4 se hace una lectura muy positiva de la ‘muerte de amor’ que consiste en la purificación obrada por Dios en el alma cuyas resultas son, a la postre, una ‘vida de amor’: «La tercera manera de penar en el amor es como morir, lo cual es ya como tener la llaga afistolada, hecha el alma ya toda afistolada, la cual vive muriendo, hasta que matándola el amor *la haga vivir vida de amor*, transformándola en amor» (el subrayado es mío).

¹⁹ P. Rodríguez, *Camino*, p. 717.

²⁰ San Josemaría ilustra esta afirmación citando a continuación los célebres versos profanos: «Ven muerte, tan escondida...». En efecto, ‘el morir de amor’ constituye un tópico de raíces clásicas (v. gr. Propercio: *in amoremori*), difundido sobre todo por la literatura del amor cortés: cf. P. Santonja Hernández, «El tópico literario ‘morir de amor’ en la literatura española de los siglos XV y XVI. El

muerdo, porque no muerdo [...]. Yo disiento de esta manera de pensar, y digo lo contrario: que vivo porque no vivo, que es Cristo quien vive en mí²¹.

En realidad, Josemaría es teresiano hasta en lo que parece corregir a la Santa: ella misma testimonia en una *Cuenta de conciencia* (18; cf. 37) que data del día 22 de julio de 1571:

El deseo y ímpetus tan grande de morir se me han quitado, en especial desde el día de la Magdalena, que determiné de vivir de buena gana por servir mucho a Dios, si no es algunas veces; que todavía el deseo de verle, aunque más le deseche, no puedo.

Al fin y al cabo, las ansias de Teresa son las mismas de san Pablo, quien afirma, en un conocido pasaje, que Cristo es su *vida* (Flp 1, 21) pero ello le lleva a desear la *muerte* para estar con él (v. 23); no obstante, igual que santa Teresa, acaba decidiéndose por vivir para servir a Dios en sus hermanos (v. 24). San Josemaría parecía compartir una experiencia análoga, si bien siempre subrayó el valor positivo de la vida presente y proclamó un cristianismo «sin miedo a la vida y sin miedo a la muerte» (*Amigos de Dios*, 141; cf. 132). Según él, conviene evitar el «cobarde» y «cómodo» deseo de morir, porque antes es preciso trabajar mucho para servir a Dios en el apostolado (*Forja*, 1037, 1039-1040); pero también es verdad que toda su vida suspiró por la compañía eterna de Dios y, así, especialmente «[d]urante su última época en la tierra repetía con más intensidad una jaculatoria que estuvo siempre en sus labios: *Vultum tuum requiram, Domine!*, ¡Señor, sólo quiero ver tu rostro, buscar tu rostro!»²². Por eso, estuvo continuamente presente «[e]n el mensaje de san Josemaría [...] una formulación paradójica, del estrecho vínculo entre la *muerte* y la *Vida* (con mayúscula)»²³.

ciervo “de amor herido”», *Letras de Deusto*, XXXI (2001), pp. 9-59. Sin embargo, el origen moderno de esta idea es en realidad teológico (!): se debe a «la mística medieval que, inspirada en el bíblico “amorelangueo”, proporcionó a la poesía trovadoresca provenzal el tema de la muerte de amor no correspondido» (G. Torres Nebrera, *Antología lírica renacentista*, Madrid, Narcea, 1983, vol. 1, p. 128). A decir verdad, cuando santa Teresa repite en sus composiciones poéticas la paradoja «muerdo porque no muerdo» (*Poesías*, 2) y cuando procede de idéntico modo san Juan de la Cruz (*Vivo sin vivir en mí*), ambos son muy conscientes de estar ‘glosando a lo divino’ una letrilla popular que canta el amor humano: cf. D. Alonso, *La poesía de san Juan de la Cruz (Desde esta ladera)*, Madrid, Aguilar, 1958, pp. 85-88; id., «La poesía de San Juan de la Cruz», *Thesaurus*, IV (1948), p. 499. He aquí otro punto de encuentro de san Josemaría con la espiritualidad teresiana: «Le gustaban las canciones que canta el pueblo, tonadas limpias, de amor humano, y las repetía llevándolas al amor de Dios» (J. Echevarría, *Memoria del Beato Josemaría*, p. 102).

²¹ San Josemaría, en una meditación de 1962: cf. P. Rodríguez, *Camino*, pp. 717-718; el final de sus palabras son una cita de la sentencia paulina de Ga 2,20.

²² J. Echevarría, *Memoria del Beato Josemaría*, p. 59.

²³ J. J. Alviar, «Escatología-novísimos», en *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer*, ed. de José Luis Illanes, Madrid, Monte Carmelo, 2013, p. 383; cita *Camino*, 737 y *Forja*, 1036.

SANTA TERESA, MAESTRA DE ORACIÓN

En el punto nonagésimo primero de *Camino*, Escrivá describe la oración mental «[e]n dos palabras: conocerle y conocerte: ¡tratarse!» Como afirma P. Rodríguez²⁴, bajo este resumen se encuentra sin duda la conocida definición de la oración mental dada por santa Teresa como «tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama» (*Vida*, 8, 5). Si hay un aspecto de la enseñanza de Teresa que ha calado hondamente en san Josemaría, ése es su comprensión y experiencia de la vida de oración. Con Teresa, entiende la oración como un trato cordial con Cristo, comparable con una noble amistad humana: «[...] ¿cómo no frecuentas cada día con mayor intensidad [que con los demás amigos] la compañía, la conversación con el Gran Amigo, que nunca traiciona?» (*Camino*, 88). La Santa aprecia de modo semejante la amistad del Señor: «[...] es muy buen amigo Cristo, porque le miramos Hombre y vémosle con flaquezas y trabajos, y es compañía»²⁵.

La Santa aparece citada para defender el espíritu contemplativo con que debe llevarse a cabo la oración vocal. Dice san Josemaría:

¡Despacio. –Mira qué dices, quién lo dice y a quién. –Porque ese hablar de prisa, sin lugar para la consideración, es ruido, golpeteo de latas. | Y te diré con Santa Teresa, que no lo llamo oración, aunque mucho menees los labios. (*Camino*, 85).

En efecto, así se expresaba ésta en sus *Primeras moradas* (1, 7): «Porque la [oración] que no advierte con quién habla y lo que pide y quién es quien pide y a quién, no la llamo yo oración, aunque mucho menee los labrios». En dicho punto, Teresa inspira, pues, tanto el desprecio por las palabras faltas del espíritu que debería animarlas, como la invitación a la triple consideración que se fija en el suplicante, la súplica y su destinatario.

Veamos un detalle de la intimidad con Cristo predicada y vivida por san Josemaría que se ve marcado por la experiencia contemplativa de Teresa. En *Camino*, 555, se refiere a la comunión del cristiano con el crucificado a través de un místico ‘meterse’ en las llagas de Cristo (cf. *Camino*, 288). Ciertamente, se trata de un tema con muchos ascendientes en la literatura espiritual, pero a P. Rodríguez le «[i]mpresiona la insistencia del Autor en que era la Llaga de la mano derecha»²⁶ pues se refiere a ésa en particular en diversas notas personales. Por eso, Rodríguez trata de explicarse ese

²⁴ Cf. *Camino*, p. 303.

²⁵ *Vida*, 22, 10; cf. P. Rodríguez, *Camino*, p. 300.

²⁶ *Camino*, p. 707.

detalle con el siguiente texto de la Santa: «Aparecióme como otras veces y comencóme a mostrar la llaga de la mano izquierda, y con la otra sacaba un clavo grande que en ella tenía metido» (*Vida*, 39, 1). Esta aparición tenía el objeto de afianzar a la Santa en la seguridad de que Cristo, quien tanto había pasado por ella, la escuchaba en la oración²⁷. Sin embargo, el motivo por el cual Escrivá insiste en la mano derecha podría esconderse más bien en el relato del así llamado «matrimonio espiritual»:

Entonces representóseme por visión imaginaria, como otras veces, muy en lo interior, y diome su mano derecha, y díjome: «Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy [...]; de aquí adelante, no sólo como Criador y como Rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía: mi honra es ya tuya, y la tuya mía»²⁸.

San Josemaría debía de conocer muy bien la narración de esta crucial aparición, publicada por Fray Luis de León en sus *Adiciones* a la *Vida*. Además, la última sentencia recuerda mucho una profunda experiencia vital del autor que ha quedado plasmada en sus escritos: «Jesús mío, ¿qué iba a darte, fuera de la honra, si no tenía otra cosa?»²⁹.

Gracias a Teresa, san Josemaría vislumbra la altura contemplativa que puede alcanzar una vida de unión con Dios. En el punto séptimo de *Camino*, leemos: «No tengas espíritu pueblerino. –Agranda tu corazón, hasta que sea universal, “católico”. | No vuelas como un ave de corral, cuando puedes subir como las águilas». Existe un paralelismo claro con un pasaje teresiano en que la Santa se opone a obligar a «los que vuelan como águilas con las mercedes que les hace Dios» a «andar como pollo trabado»³⁰. El águila tiene una larga tradición en la literatura espiritual, probablemente a raíz del animal del tetramorfos vinculado con el autor del cuarto evangelio (Ap 4, 7). Esta atribución se completa por el misterioso pasaje del libro del *Apocalipsis* en que el águila que había profetizado tres ayes (Ap 8, 13), presta a la «mujer» (figura tradicionalmente identificada con la Virgen María y con la Iglesia) sus alas para volar

²⁷ Santa Teresa nos informa de que Cristo le mostraba sus llagas para darle fuerzas en medio de las tribulaciones (*Vida*, 29, 4; cf. *Cuentas de conciencia*, 30). En cierta ocasión Cristo tomó la mano de la Santa y —como si del apóstol Tomás se tratase— la llevó a la llaga de su costado (*Cuentas de conciencia*, 13, 10). Dedicó también una de sus *Exclamaciones* (9) a las llagas de Cristo, como fuentes del agua viva prometida por él.

²⁸ *Cuentas de conciencia*, 29.

²⁹ *Forja*, 1052; cf. *ibid.*, 803. Sobre el episodio autobiográfico: cf. Vázquez de Prada, *El fundador del Opus Dei*, vol. 2, p. 480.

³⁰ *Vida*, 39, 12. Cf. P. Rodríguez, *Camino*, p. 223.

(Ap 12, 14³¹). Así, por ejemplo, santo Tomás de Aquino ve en el águila joánica una expresión de la elevación contemplativa del autor del cuarto evangelio³². El vuelo del águila expresa, pues, un vigor *prestado* por Dios, capaz de elevar al hombre a alturas que superan sus fuerzas. Así lo enunciará de modo diáfano san Josemaría en un pasaje publicado póstumamente y de sabor intensamente autobiográfico³³: en él se compara con «un pobre pajarillo» de vuelo de bajura, el cual es arrebatado por un águila, que lo alza hasta «mirar de frente al sol», el «divino Sol» que es Cristo³⁴. P. Rodríguez cree con acierto que el paso está inspirado por otra santa carmelita de gran influencia sobre Escrivá, santa Teresa de Lisieux³⁵. Sin embargo, también debería traerse aquí este otro texto de la de Ávila, que seguramente había servido a su vez de inspiración a Teresita:

Antes de estar el alma en este éxtasis, paréceme que trae cuidado de no ofender a Dios y que conforme a sus fuerzas hace lo que puede; mas llegada aquí, que le da este Sol de Justicia que la hace abrir los ojos, ve tanta motas que los querría tornar a cerrar; porque aún no es tan hija de esta águila caudalosa, que pueda mirar este Sol de en hito en hito³⁶; mas, por poco que los tenga abiertos, vese toda turbia [...]. Cuando mira este divino Sol, deslúmbrale la claridad; como se mira a sí, el barro la atapa los ojos: ciega está esta palomita³⁷.

Por su parte, Teresa de Lisieux (ms. B, f. 5r-v), al igual que Escrivá, se sentía como un «pajarillo» (*petit oiseau*) —no específicamente una «palomita», como la de Ávila—, incapaz del majestuoso vuelo de las águilas («sus hermanas»: los santos y los ángeles) hasta el «divino Sol» que desearía alcanzar; pero *no lográndolo*, se conforma con el calor de sus rayos. También Cristo es identificado con el Águila, sí, pero *no*

³¹ El pueblo de Israel también fue llevado por Dios con alas de águila y lo mismo les es prometido a quienes esperan en Él: cf. Ex 19, 4; Dt 32, 11; Is 40, 31.

³² «Ioannes vero, supra nebulam infirmitatis humanae sicut Aquila volans, lucem incommutabilis veritatis altissimi satque firmissimis oculis cordis intuetur, atque ipsam deitatem domini nostri Iesu Christi, qua Patriae qualis est, intendens, eam in suo Evangelio, quantum inter omnes sufficere credidit, studuit praecipue commendare» (*Superio.*, Prooemium).

³³ Cf. J. Echevarría, *Memoria del Beato Josemaría*, p. 276.

³⁴ *Forja*, 39; cf. *Es Cristo que pasa*, 11.

³⁵ Cf. P. Rodríguez, *Camino*, p. 222, nota 20. No tan oportuna es la referencia a Juan de la Cruz («fui tan alto, tan alto / que le di a la caza alcance»: *Tras de un amoroso lance*), la cual es empero citada a propósito de *Forja*, 39 por I. Langlois (*Josemaría Escrivá como escritor*, p. 56); como este mismo autor nota, aquí no se trata tanto del vuelo del cual es capaz el hombre tras de Dios —como en la montería descrita por san Juan—, cuanto de una ascensión que supera sus posibilidades. De todas suertes, san Juan está sin duda en el trasfondo de toda la temática del vuelo del águila tal como lo concibe Escrivá, pues de hecho él mismo hizo escribir en un repostero de la primera casa de retiros del Opus Dei los versos a que nos referimos: cf. A. Sastre, *Tiempo de Caminar*, p. 314.

³⁶ Existe incluso un parecido léxico con Teresa a propósito de esta famosa característica del águila tan aprovechada por los místicos: «[Ciertas criaturas] cruzan el azul del cielo, algunas hasta mirar de hito en hito al sol» (*Amigos de Dios*, 24). En otra narración del mismo episodio contado en *Es Cristo que pasa*, 11, dijo —según el testimonio de J. Cassidy— que el águila «mira de hito en hito al sol» (A. Sastre, *Tiempo de Caminar*, p. 260).

³⁷ *Vida*, 20, 28-29.

arrebata al pajarillo a las alturas, sino que ello es tan sólo una esperanza del avecilla para el futuro; por el momento, la ‘locura’ de ésta consiste en suplicar a las otras águilas obtener para ella el favor de volar hacia el sol «avec les propres ailes de l’Aigle Divin» (el subrayado es de Teresita). La santa de Ávila, en cambio, sí ha sido –como dice Escrivá– elevada hasta el sol, se siente como una «paloma» (Ct 2, 10.14; 5, 2; 6, 9) llevada hasta lo alto por el águila que es Dios mismo³⁸. Así lo confirman estas otras líneas algo anteriores: «En estos arrobamientos [...], viene un ímpetu tan acelerado y fuerte, que veis y sentís levantarse esta nube, u esta águila caudalosa y cogeros con sus alas» (*Vida*, 20, 3).

A la luz de esta página de la Santa podemos advertir asimismo la inspiración teresiana en este otro punto de *Camino* (599) que a primera vista no hubiera parecido tan profundamente influenciado por ella: «Eres polvo sucio y caído. –Aunque el soplo del Espíritu Santo te levante sobre las cosas todas de la tierra y haga que brille como oro, al reflejar en las alturas con tu miseria los rayos soberanos del Sol de Justicia, no olvides la pobreza de tu condición»³⁹. Nótese la expresión ‘sol de justicia’, idéntica en el pasaje teresiano⁴⁰. Una vez más, P. Rodríguez⁴¹ pone de relieve la afinidad con cierto texto de santa Teresita, pero con él logra explicar tan sólo el resplandor dorado reflejado del sol, no la «elevación» que sí explicaría el referido texto de Sta. Teresa de Jesús sobre el águila y la paloma.

SANTA TERESA, MAESTRA DE HUMANIDAD

Trataremos de atender ahora a las virtudes humanas y cristianas tal como son expuestas por san Josemaría, cuyo planteamiento está penetrado en una medida u otra del espíritu de la Santa de Ávila. Uno de los rasgos más sobresalientes de su personalidad es la reciedumbre de su carácter, que san Josemaría creyó imprescindible para los llamados a

³⁸ Teresa identifica el águila con Dios, Su poder o Su gloria: « ¡Oh, qué desatino y ceguedad! Que si se pierde una cosa, una aguja o un gavilán —que no aprovecha de más de dar un gustillo a la vista de verle volar por el aire—, nos da pena, ¡y que no la tengamos de perder *esta águila caudalosa de la majestad de Dios* y un reino que no ha de tener fin el gozarle!» (*Exclamaciones*, 14, 5; el subrayado es mío).

³⁹ He aquí otro paralelo con idénticos temas (barro/polvo, la elevación, el sol): «¡Humildad de Jesús!... ¡Qué lección para ti, que eres un pobre instrumento de barro! El —siempre misericordioso— te ha levantado, haciendo brillar en tu vileza, gratuitamente ensalzada, las luces del sol de la gracia» (*Surco*, 261).

⁴⁰ Se trata de unas palabras tomadas de un versículo de Malaquías que sin duda dio lugar a la combinación de la metáfora del águila con la del sol: « [O]rietur vobis timentibus nomen meum sol iustitiae et sanitas in penniseis» (Mal 4, 2). Ya que se habla de las ‘alas del sol’, no resulta difícil identificar a Dios tanto con el águila como con el astro.

⁴¹ Cf. *Camino*, p. 749.

ser contemplativos en medio del mundo. Así, recién iniciado *Camino*, en el cuarto punto, aparece una recomendación tomada de la Escritura: «Sé varón –“esto vir”»⁴². Se trata de una comprensión de la virtud de la fortaleza adquirida en la escuela de Teresa, que decía de sí «no soy nada mujer»⁴³ y exhortaba a sus monjas a ser «varones fuertes»⁴⁴. En buena medida por esta faceta de la Santa –y no sólo por distinguirla de *Teresita* de Lisieux– la llamaba familiarmente «Teresona». En particular, san Josemaría ponía como ejemplo su reciedumbre en medio de lo que, siguiendo las huellas de la Santa misma, llamaba «contradicción de los buenos»⁴⁵:

[Después de hablar de *Teresita* dice:] ¿Y la otra Teresa, la Teresona grande de Ávila? Pues... dijeron de todo! [...] ¿Sabéis lo que decían sus contemporáneos, cuando ella abría sus *palomarcicos*?! Decían que, so capa de abrir conventos... –con ocasión de abrir conventos–... llevaba mujeres mozas de una parte a otra, ¡para volverlas malas..! La llamaban... ¿Está claro?⁴⁶.

El tema de la persecución arrostrada con fortaleza, altura humana y buen humor se repite en su predicación oral, prueba de la vívida impresión que había causado en su alma:

[...] la Madre Teresa, que tan mal lo pasó en esta tierra, aun cuando tenía buen humor. Era simpática y agradable. Pero ¡cómo la trataron!, ¿os acordáis? No se pueden decir cosas peores a una mujer⁴⁷.

¡Qué contradicciones caen sobre ella! La acusan de ser una mujer andariega y mala monja⁴⁸. Teresa lo soporta todo reciamente y aun se entretiene, con mucho amor de Dios, en motejar con apodos a los que la combaten⁴⁹.

⁴² P. Rodríguez, *Camino*, p. 219 cita 2 R 2, 2, pero la misma expresión se encuentra en la traducción vulgata de 2 S 10,12.

⁴³ *Cuentas de conciencia*, 3, 6.

⁴⁴ «Es muy de mujeres, y no querría yo, hijas mías lo fuédeses en nada, ni lo pareciédeses, sino varones fuertes; que si ellas hacen lo que es en sí, el Señor las hará tan varoniles, que espanten a los hombres» (*Camino de perfección*, 7, 8 Valladolid). Cf. *Vida*, 22, 15; *Exclamaciones*, 13, 3; *Carta* 433, 13.

⁴⁵ La expresión ‘contradicción de los buenos’ que san Josemaría repite (*Camino*, 695; *Forja*, 804), es acuñada por Teresa (*Vida*, 28, 18; 30, 6) para referirse a las persecuciones perpetradas por cristianos llevados de ‘buenas intenciones’. Sobre la ‘contradicción de los buenos’ en la propia vida de Escrivá: cf. Vázquez de Prada, *El fundador del Opus Dei*, vol. 2, pp. 522ss.

⁴⁶ San Josemaría, catequesis en São Paulo, cit. por J. M. Cejas, *Josemaría Escrivá. Un sembrador de paz*, Burgos, Monte Carmelo, 2002, pp. 87-88. La deshonrosa acusación rezaba así: «[A]quella vieja tal la habían de entregar a blancos y negros para que se hartase de ser mala; y que traía mujeres mozas de un lugar a otro con achaque de fundaciones para que lo fuesen» (testimonio de María de San José, cit. por S. de Sta. Teresa en *Obras de Sta. Teresa de Jesús*, Burgos, El Monte Carmelo, 1923, vol. 8, p. 286, nota 1). Cf. M. Auclair, *La vida de Santa Teresa de Jesús*, Madrid, Palabra, 2005, pp. 344, 361.

⁴⁷ San Josemaría, a unas carmelitas, cit. por A. Sastre, *Tiempo de Caminar*, p. 568.

⁴⁸ Cf. Teresa, *Carta* 259, 3-4. Escrivá recuerda los reproches del nuncio contra ella, que fueron plasmados en la apócrifa *Carta* 27 de las ediciones antiguas, en la cual se añade a la acusación de «andariega» —que efectivamente aquel empleó— el de «mala monja».

⁴⁹ San Josemaría, predicación en el Consulado de Honduras, cit. por P. Rodríguez, *Camino*, p. 631. Sobre los apodos usados por Teresa: cf. M. Auclair, *La vida de Santa Teresa de Jesús*, p. 325. El motivo de los

Lo más significativo de estas referencias es la íntima afinidad entre ambos santos: Josemaría estaba tan empapado de la espiritualidad de Teresa que interpreta los acontecimientos de su propia vida exterior e interior a través de las enseñanzas teresianas y anima a otros a hacer lo mismo.

Uno de los motivos por los cuales san Josemaría alienta a sus lectores a crecerse ante las dificultades es la esperanza en la vida eterna. Para ilustrarla, en *Camino*, 703 aparece mentada nominalmente la santa de Ávila: «Una mala noche, en una mala posada. –Así dicen que definió esta vida terrena la Madre Teresa de Jesús». El sentido es desarrollado por el autor en una homilía –que curiosamente ha olvidado citar el meticoloso P. Rodríguez:

El hombre de fe sabe [...] que esto de aquí abajo es, en frase de la Madre Teresa, una mala noche en una mala posada. Renueva su convencimiento de que nuestra existencia en la tierra es tiempo de trabajo y de pelea, tiempo de purificación para saldar la deuda debida a la justicia divina, por nuestros pecados⁵⁰.

Como san Josemaría indica en *Camino* («dicen»), la cita de la Santa es *ad sensum*, pues ella se expresa más bien de la siguiente manera:

[...] ¡qué temeroso lugar [sc. el infierno]!; ¡qué desventurado hospedaje! Pues para una noche una mala posada se sufre mal, si es persona regalada (que son los que más deben de ir allá), pues posada de para siempre, para sin fin, ¿qué pensáis sentirá aquella triste alma? Que no queramos regalos, hijas; bien estamos aquí; todo es una noche la mala posada. Alabemos a Dios; esforcémonos a hacer penitencia en esta vida⁵¹.

Si nos fijamos en el texto, advertimos que san Josemaría se ajusta al sentido más popularizado de las palabras de santa Teresa y no tanto a su contexto. Pese a su habitual insistencia en los rasgos positivos de la vida temporal, introduce aquí una idea más negativa de la vida humana que la expresada por la Santa: a decir verdad, la Doctora de la Iglesia no llama «mala posada» a «esta vida terrena» (*Camino*, 703), sino más bien al desabrimiento libremente asumido por las carmelitas («bien estamos aquí»), una menudencia en comparación con el infierno⁵²; sólo estaría aludida la *duración* de la vida mortal al hablar de ‘una sola noche’. En descargo de Escrivá es menester decir que en *Camino* –pese a tratarse del capítulo «Tribulaciones»– el objeto de atención es más la

motes era evitar riesgos en el caso de que sus escritos cayeran en manos de sus perseguidores. San Josemaría asimiló este subterfugio de Teresa para su correspondencia en tiempos de guerra: cf. A. Vázquez de Prada, *El fundador del Opus Dei*, vol. 2, 61-62, esp. nota 127.

⁵⁰ *Amigos de Dios*, 203.

⁵¹ *Camino de perfección*, 40, 9 Valladolid.

⁵² «[...] para el infierno que merecía, todo se le hace poco» (*Sextas moradas*, 1, 7). Cf. *Vida*, 3, 6.

brevidad de la vida («una noche») que su amargura («mala posada»). El pasaje de *Amigos de Dios*, en cambio, al hacer hincapié en la «pelea», la lucha activa del cristiano, se aproxima algo más al sentido dado por Teresa («se ha de aprovechar el escaso tiempo para luchar»).

La lógica de la metáfora de la vida como «una sola noche» usada por Teresa se apoya principalmente en la concepción de la condición mortal como una residencia transitoria frente a la perpetua estancia en el infierno, el cual a su vez es descrito como un sórdido «habitáculo»⁵³ en contraste con las acogedoras ‘moradas’ de la casa celeste (Jn 14,2). No obstante, el que la duración de la vida humana sea asimilada a una *noche*, podría también evocar el «turno de vela nocturna» con que son parangonados por el salmista mil años de duración –justamente en un contexto en que habla de la brevedad de la vida humana–; ahí el autor llega a comparar a los hombres con «un sueño»: «[D]ices, *reverti mini filii Ada. Milleanni in oculis tuis sicut dies hesterna quae pertransiit, et vigilia nocturna. Percutiente te eos somnium erunt*»⁵⁴. No se puede asegurar que este pasaje –con el cual, merced al rezo de las Horas, sin duda estaba familiarizada– haya podido estar a la base de la metáfora de Teresa: pese a no dominar el latín, las palabras «vigilia nocturna» podrían ser entendidas fácilmente por una hispanoparlante y tampoco le habría sido difícil notar que el salmo entero habla de la corta duración de la vida humana. En todo caso, la cita del salterio nos lleva a otro pensamiento de san Josemaría que también cabría estuviera inspirado por ella. Se trata de otro punto de *Camino* (692) –análogo al anterior–, en que se recuerda la brevedad de la vida como alivio para la tribulación, calificándola como un «sueño... corto» y un «sueño malo». P. Rodríguez evoca en su comentario⁵⁵ «la mala noche en una mala posada» de Teresa, no sin acordarse de *La vida es sueño* de Calderón; pero a este trasfondo podría añadirse el salmo arriba citado que san Josemaría rezaba en el breviario cada semana.

En otra ocasión san Josemaría se inspira también en santa Teresa para hablar de la brevedad de la vida. Sin embargo, el matiz es algo diferente, acercándose más al texto de *Camino de perfección* antes referido. La penalidad de la vida mortal no es objeto de atención por escueta sino en parangón con la perpetuidad del gozo eterno: «–¿Qué importa padecer diez años, veinte, cincuenta..., si luego es el cielo para siempre, para

⁵³ «[...] una concavidad metida en una pared, a manera de una alacena, adonde me vi meter en mucho estrecho» (*Vida*, 32, 1).

⁵⁴ Sal 89,3-5; cito la traducción Vulgata conocida por Teresa y Escrivá.

⁵⁵ Cf. *Camino*, p. 814.

siempre..., para siempre?»⁵⁶. Estas palabras recuerdan a la sacudida que causó en las mentes aún infantiles de Teresa y de su hermano la consideración de la eternidad: «Espantábanos mucho el decir que pena y gloria era para siempre, en lo que leíamos. Acaecíanos estar muchos ratos tratando de esto y gustábanos de decir muchas veces: ¡para siempre, siempre, siempre!» (*Vida*, 1, 5). A esta página teresiana se referirá Escrivá años después de modo más explícito (*Amigos de Dios*, 200), ilustrándola –como hace ella misma– con el episodio en que la Santa trató de exponerse deliberadamente al martirio, contenta por la esperanza en la vida eterna.

Una de las virtudes expuestas por Teresa con más detenimiento es la humildad. San Josemaría, como la Santa⁵⁷, se considera un «gusano» (*Camino*, 597; *Forja*, 803) y nos anima a ser humildes en medio de los beneficios de Dios: «No olvides que eres... el depósito de la basura⁵⁸. Por eso, si acaso el Jardinero divino echa mano de ti, y te friega y te limpia... y te llena de magníficas flores..., ni el aroma ni el color, que embellecen tu fealdad, han de ponerte orgulloso» (*Camino*, 592). Como advierte P. Rodríguez⁵⁹, se desarrolla un tema teresiano:

Sea bendito por todo, y sírvase de mí, por quien Su Majestad es; que bien sabe mi Señor que no pretendo otra cosa en esto, sino que sea alabado y engrandecido un poquito de ver que en un muladar tan sucio y de mal olor hiciese huerto de tan suaves flores. Plega a Su Majestad que por mi culpa no las torne yo a arrancar y se torne a ser lo que era⁶⁰. [...] estando en mí, sin Vos, no podría, Señor mío, nada, sino tornar a ser cortadas estas flores de este huerto, de suerte que esta miserable tierra tornase a servir de muladar como antes⁶¹.

La Santa en persona nos informa de la importancia que tenía para ella la imagen del «huerto», de la cual se vale en su *Vida* para exponer los estadios del itinerario espiritual:

Paréceme ahora a mí que he leído u oído⁶² esta comparación –que como tengo mala memoria, ni sé adónde ni a qué propósito, mas para el mío ahora conténtame–: ha de

⁵⁶ *Camino*, 182. Se invierte el uso del ‘para siempre’ en *Camino*, 752. Respecto de la eternidad, véase, además, *Camino*, 906 y compárese con *Camino de perfección*, 22, 1 Valladolid; cf. P. Rodríguez, *Camino*, p. 978, nota 10, donde se cita la *Vida* por error.

⁵⁷ Cf. sobre todo *Quintas moradas*, 2, 2-8 y también *ibid.*, 3, 5-6; 4, 11; *Primeras moradas*, 1, 3; *Sextas moradas*, 4, 7.9; *Vida*, 19, 2; 20, 7; *Exclamaciones*, 6, 1. La imagen del gusano parece evocar Sal 21,7 que se suele aplicar a Cristo en la Pasión: cf. San Josemaría, *Sto. Rosario*, 7.

⁵⁸ «[...] eres “omniumperipsema” —como basura» (*Forja*, 803; cf. 1 Co 4,13).

⁵⁹ Cf. *Camino*, p. 741.

⁶⁰ *Vida*, 10, 9.

⁶¹ *Vida*, 14, 11.

⁶² Podría tratarse de Francisco de Osuna, *Tercer abecedario espiritual* (cito siguiendo la edición de Melquíades Andrés, Madrid, BAC, 1972), libro que nos consta leyó (*Vida*, 4, 7). Este autor, interpretando Is 58,10-11 a propósito del don de lágrimas, dice que «el varón recogido es como huerto de regadío» (10,

hacer cuenta el que comienza, que comienza a hacer un huerto en tierra muy infructuosa que lleva muy malas hierbas, para que se deleite el Señor. Su Majestad arranca las malas hierbas y ha de plantar las buenas [...]. Y con ayuda de Dios hemos de procurar, como buenos hortelanos, que crezcan estas plantas y tener cuidado de regarlas para que no se pierdan, sino que vengan a echar flores que den de sí gran olor, para dar recreación a este Señor nuestro, y así se venga a deleitar muchas veces a esta huerta y a holgarse entre estas virtudes⁶³.

Regálame esta comparación, porque muchas veces en mis principios [...] me era gran deleite considerar ser mi alma un huerto y al Señor que se paseaba en él. Suplicábale aumentase el olor de las florecitas de virtudes que comenzaban, a lo que parecía, a querer salir y que fuese para su gloria y las sustentase –pues yo no quería nada para mí– y cortase las que quisiese, que ya sabía habían de salir mejores [...]. Pásase mucho trabajo, porque quiere el Señor que le parezca a el pobre hortolano, que todo el que ha tenido en sustentarle y regarle va perdido⁶⁴.

Aparece aquí el «aroma» (Teresa: «olor») de las flores al que se refería san Josemaría en sus líneas. Sin embargo, es interesante observar que para santa Teresa el «hortolano» es el cristiano que se ocupa en componer el huerto de su alma para que en él se recree el Señor «que se pasea en él» (se diría que evocando Gn 3,8), mientras que san Josemaría habla del «Jardinero divino», acentuando con ello el aspecto místico de la vida espiritual sobre el ascético. Naturalmente, con ello se mueve en el mismo espíritu de Teresa que considera un don aun aquello que con sus fuerzas alcanza.

CONCLUSIONES

Hemos intentado en estas breves páginas trazar un esbozo de algunos puntos en común entre san Josemaría y santa Teresa, dejando aún mucho trabajo por hacer. Es clara la semejanza entre ambos desde el punto de vista literario: hemos visto cómo san Josemaría adopta el léxico y los giros de Teresa, aunque sólo hemos considerado

2) y añade: «Si quieres, ¡oh ánima mía!, que la tierra estéril de tu carne te dé fruto, riégala con lágrimas, [...] si quieres que tu conciencia, ¡oh ánima mía!, sea huerto del Señor, mira que no ha de ser seco; y por tanto te conviene tener en él la fuente abundosa de las lágrimas, para que esté más florido y fresco» (10, 5). Más adelante, tras haber traducido Gen 41,52 escribiendo: «Crecerme hizo Dios en la tierra de mi pobreza», continúa así: «Levanta, pues, hermano, los ojos para ver esta gran virtud [sc. la humildad]; mira este grano de mostaza para lo sembrar en el huerto de tu conciencia, que, aunque es muy pequeña en los ojos de los hombres y se llame en la Escritura virtud pequeña al parecer humano, delante de Dios crece sobre toda la otra hortaliza» (19, 1). Así pues, en F. de Osuna está ya [1] la imagen del alma como huerto [2] cuya tierra es poco feraz, [3] la necesidad de que sea regada y [4] la comparación de las plantas con las virtudes. Asimismo, San Juan de la Cruz, en la redacción definitiva del *Cántico espiritual* (B), 17, 4-10, declara que el «huerto es el alma misma» la cual es regada por la lluvia del Espíritu y da lugar a las «flores de las virtudes» entre las cuales, deleitándose, «pace el Amado».

⁶³ *Vida*, 11, 6.

⁶⁴ *Vida*, 14, 9.

algunos ejemplos⁶⁵; la imita incluso en el modo de escribir⁶⁶, a veces quizá inconscientemente, de forma que el parecer de Langlois está sobradamente confirmado. También existen multitud de temáticas espirituales y ascéticas para cuya elaboración san Josemaría ha aprendido mucho de Teresa, si bien las ha reelaborado de modo personal⁶⁷. Pero, en todo caso, lo más significativo es el parentesco a la vez carnal y espiritual entre ambos. Escrivá se reconoce en el talante sensato y recio, delicado y tierno, siempre elevadamente místico de la Santa; es más, por así decir, ha forjado su propio carácter en la escuela de Teresa. De tal modo, ha desarrollado con originalidad esa admirable armonía de lo humano y lo divino característica de la Doctora de la Iglesia, la cual formará parte de la entraña del mensaje y la vocación específicos de san Josemaría.

BIBLIOGRAFÍA

ALONSO, Dámaso, *La poesía de san Juan de la Cruz (Desde esta ladera)*, Madrid, Aguilar, 1958.

—, «La poesía de San Juan de la Cruz», *Thesaurus*, IV (1948), pp. 492-515.

ALVIAR, J. José, «Escatología-novísimos», en *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer*, ed. de José Luis Illanes, Madrid, Monte Carmelo, 2013.

ÁNCHEL, Constantino, ed., *En torno a la edición crítica de Camino*, Madrid, Rialp, 2003.

AUCLAIR, Marcelle, *La vida de Santa Teresa de Jesús*, Madrid, Palabra, 2005.

⁶⁵ Otras expresiones que nos quedan por comentar serían, por ejemplo: orar «sin ruido de palabras» (*Forja*, 315; *Es Cristo que pasa*, 16, 58, 90, 106, 119; *Amigos de Dios*, 19, 64, 180; cf. Teresa, *Vida*, 15, 6-7; *Camino de perfección*, 25, 2 Valladolid); «importunar» al Señor (*Camino*, 911; *Surco*, 648; cf. Teresa, *Vida*, 19, 11; 34, 2.7; 39, 1; *Camino de perfección*, 30, 4 Valladolid; *Fundaciones*, 5, 5), etc.

⁶⁶ Uno de los recursos más frecuentes en *Camino* (72, 638; cf. 113, 242, 250, 438, etc.), como lo prueba la edición crítica, es hablar de sí mismo y de la propia vida interior en tercera persona (o, sobre todo, en segunda); en esto se imita también a Teresa que dice de sí: «Yo conozco a una persona [...]» (*Moradas sextas*, 1, 7; cf. *Moradas primeras*, 2, 2; *Camino de perfección*, 34, 7-8 Valladolid). Páez Vázquez de Prada, *El fundador del Opus Dei*, vol. 1, p. 351.

⁶⁷ Entre las doctrinas que no hemos podido estudiar, la más notoria y merecedora de atención específica sería la integración y aquilatamiento de la idea teresiana de la necesidad de conjugar la oración, el trabajo y el apostolado. Teresa es, para san Josemaría, el arquetipo de la ‘vida contemplativa’ («Teresa, ora; Ignacio, obra», apunte cit. por P. Rodríguez, *Camino*, p. 998), pero no por eso la Santa desdeña las actividades humanas y, particularmente, el trabajo apostólico: «[...] nunca dejen de obrar casi juntas Marta y María; porque en lo activo, y que parece exterior, obra la interior» (*Meditaciones sobre los Cantares*, 7, 3; el subrayado es mío). En el código de Baeza dice: «[...] aunque parece que deja la vida contemplativa por la activa, no es así, porque antes se ayuda la una con la otra cuando va con recto fin» (*ibid.*). Cf. *Séptimas moradas*, 4, 14; *Camino de perfección*, 17, 5-6 Valladolid; 28, 5 El Escorial. Otro tema teresiano (cf. P. Rodríguez, *Camino*, pp. 912, 921) asumido por Escrivá, sobre el cual no hemos tratado, son las «cosas pequeñas» (título del cap. 39 de *Camino*): cf. *Camino de perfección*, 10, 2; 15, 3 Valladolid; *Séptimas moradas*, 4, 18; *Fundaciones*, 29, 32.

- CEJAS, José Miguel, *Josemaría Escrivá. Un sembrador de paz*, Burgos, Monte Carmelo, 2002.
- ECHEVARRÍA, Javier, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá. Entrevista con Salvador Bernal*, Madrid, Rialp, 2000.
- JUAN DE LA CRUZ, San, *Obras completas*, ed. de Lucinio Ruano de la Iglesia, Madrid, BAC, 2005.
- ESCRIVÁ DE BALAGUER, Josemaría, *Camino. Edición crítico-histórica*, ed. de Pedro Rodríguez, Madrid, Rialp, 2004.
- FRANCISCO DE OSUNA, *Tercer abecedario espiritual*, ed. de Melquíades Andrés, Madrid, BAC, 1972.
- GONDRAND, François, «La intención y el género literario de *Camino* del Beato Josemaría Escrivá», *Scripta Theologica*, xxvi (1994), pp. 233-248.
- IBÁÑEZ LANGLOIS, José Miguel, *Josemaría Escrivá como escritor*, Madrid, Rialp, 2002.
- ILLANES, José Luis, ed., *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, Monte Carmelo, 2013.
- MÉNDIZ, Alfredo, «Panorámica sobre *Camino* como obra literaria», *Studia et Documenta*, v (2011), pp. 383-386.
- DEL PORTILLO, Álvaro, *Entrevista sobre el fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 2014.
- SANTONJA HERNÁNDEZ, Pedro, «El tópico literario “morir de amor” en la literatura española de los siglos xv y xvi. El ciervo “de amor herido”», *Letras de Deusto*, xxxi (2001), pp. 9-59.
- SASTRE, Ana, *Tiempo de Caminar. Semblanza de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 1991.
- THERESE DE L'ENFANT JÉSUS ET DE LA SAINTE-FACE, Sainte, *Manuscrits autobiographiques*, Paris, Cerf-Desclée, 1992.
- TERESA DE JESÚS, Santa, *Obras de Sta. Teresa de Jesús, Epistolario*, ed. de Silverio de Sta. Teresa, Burgos, El Monte Carmelo, 1922-1924.
- , *Obras completas*, ed. de Efrén de la Madre de Dios y Otger Steggink, Madrid, BAC, 2006.
- TOLDRÀ PARÉS, Jaime, *Josemaría Escrivá en Logroño (1915-1925)*, Madrid, Rialp, 2007.
- TORRES NEBRERA, Gregorio, *Antología lírica renacentista*, Madrid, Narcea, 1983.
- VÁZQUEZ DE PRADA, Andrés, *El fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 2002.